

# EL PACTO

I

La mujer, mordida de impaciencia, alzaba de vez en cuando los ojos, y, desde el interior de la choza, vigilaba atentamente la senda blanquecina que se perdía a tréchos, serpenteando en su descenso hacia el valle. Al fin, vio aparecer la silueta de su esposo que doblaba un recodo del camino, y dejando el nervioso tragar que la retenia entre el humo del fogón, salió a esperarle, ávida de transmitirle la noticia.

Henri llegó fatigado, como siempre, y apenas se sentó a la puerta de su rústica morada, descansando la ruda labor del día, oyó de labios de su mujer, y en medio de la mayor estupefacción, que don Dimas le llamaba.

A semejanza de casi todos los humanos, Henri reveló su sorpresa manteniendo inconscientemente abierta la boca, en un gesto inmovilizado durante algunos instantes. Pasados éstos y vueltas las mandíbulas a su encaje normal, dióse a cavilar seriamente sobre la causa y trascendencia de aquella insólita llamada. El hecho de que todo un acaudalado personaje como don Dimas, figura prominente del lugar, hubiese enviado un hombre a caballo con la misión de decir a Henri que quería hablarle, era algo que, en verdad, no podía menos de intrigarle hondamente; pero, por más ideas que Henri barajó en su inculto cerebro, no logró descifrar, de modo satisfactorio, el enigma latente en aquella nueva. Si advirtió que su instinto, aguzado en las duras lecciones de la vida, inducía a ponerse en guardia, dejando anidar en el fondo de su espíritu la sombra de un recelo; mas, a pesar de todo, bien pronto reaccionó contra esta disposición de ánimo, tanto porque su natural bondadoso se resistía siempre a suponer el dolo en los demás hombres, como por la opinión que expresara su mujer, y a quien creyó en lo cierto, de que tal vez se tratase de asuntos políticos, dada la proximidad de las elecciones.

Considerando resuelto el punto, durmió tranquilamente aquella noche, y al aparecer los primeros rayos de sol del siguiente día, sorprendieron a Henri, ataviado con sus mejores galas, bajando, ufano, por entre breñas y riscos, camino del pueblo.

II

La glauca pantalla que velaba la luz, trasmisiva al rostro de don Dimas un extraño matiz verdoso que animaba sus rígidas facciones con cierta expresión diabólica. Inclinada la ancha calva hacia la mesa y mirando a través de las gafas grotescamente apoyadas sobre el extremo de la nariz, seguían sus gruesos ojillos la negra bilera de diminutos caracteres que iba trazando su pluma, al deslizarse en rápidos avances por la tersa superficie del papel.

De vez en cuando, su mano, alzada sobre el plie-

go, quedaba detenida como el lebrel que en su carrera perdiere el rastro de su pieza fugitiva. Entonces volvía atrás la vista y escudriñaba con ahínco en la maleza del párrafo, mientras la mente rumiaba la ilación de ideas, hasta que una sonrisa, apenas perceptible bajo el hirsuto bigote, delataba la íntima satisfacción del triunfo al atrapar el vocablo rebelde y preciso que, hábilmente emboscado, había de dominar el concepto, orientando el sentido por determinado rumbo.

No en vano había soterrado un tercio de su vida en la penumbra de covachuelas jurídicas, cuyo ambiente leguleyo forjó el arma poderosa que más tarde habría de esgrimir en los combates por la existencia. Sintiéndose cobarde ante la acción, encomendó a la astucia su derecho a la vida, y bien pronto le demostraba la experiencia que la sagacidad de su instinto no había errado en la elección.

Maniobrando en la sombra, consiguió que la fortuna afluyses a sus arcas por veneros subterráneos, y surgiendo triunfante de su propia derrota, llegó a sentir un desdén compasivo hacia las potentes energías que escalan la cumbre labrando a golpe de maza, para luego sucumbir a la dentellada del misero roedor...

Sentado frente a don Dimas, y sosteniendo el sombrero entre las callosas manos, se hallaba Henri abismado en el cúmulo de pensamientos que bullían bajo su encrespada y canosa cabellera. No acertaba a explicarse cómo la picara suerte, tan amiga de aporrrearle siempre, podía permitir que, en su penosa ruta, se topase con aquel generoso protector, y al palpar en los hechos la realidad del milagro, consagró en silencio su intensa gratitud hacia don Dimas, mientras una honda explosión de alegría invadía su espíritu.

El aceptaba el predio codiciado que se ofrecía en arriendo, y con la cooperación de sus hijos, bravos mozos para el trabajo, pronto convertiría el inculto erial en fuente de abundante riqueza. Ya veía en su cerebro la simiente arrojada al surco, dormir en gestación silenciosa para luego brotar de las fecundas entrañas de la tierra, engalanando la llanura con amplio manto de verdores, y, más tarde, convertirse en apretados haces de doradas espigas, henchidas de óptimo fruto, desgranándose en montañas de parvas bajo los ardientes rayos del sol... Y al fin de la jornada, retribuidas prodigamente las fatigosas labores, salvados los atrasos que originaron las malas épocas de antaño, y abierta una tregua alentadora a la angustiosa opresión de la miseria...

Por su ávida retina se colaba esta visión, envuelta en las doradas tintas de la aurora con que sueña el irredento, cuando la voz cascada de don Dimas, anunciando la conclusión del contrato, ahuyentó los últimos aleteos de su fantasía.

Casi con devoción religiosa, escuchó Henri la lectura del documento, que le pareció compendiaba toda la sabiduría del gran Salomón, juzgando su mé-

